

El hombre que se llamaba Fermín

Por Alberto BONIFAZ NUÑO

Dibujos de Arnold BELKIN

Caía una lluvia delgada y ligera que mojaba a los peatones con suavidad que tal vez tenía efectos sedantes para alguno. Tal vez para uno, por lo menos, que parado en una esquina parecía arder por dentro.

Cada vez que un autobús lo iluminaba de lleno acercándose a él, la cara se le encendía para ensombrecerse de nuevo con violencia, más que a causa del movimiento de las luces pasajeras, por los impulsos que imprimían a su impaciencia la esperanza o la decepción. Y hubo un momento en que se quitó el sombrero para dar a la lluvia su greñuda cabeza; y viendo que a pocos pasos se desocupaba un automóvil de alquiler, se apresuró a abordarlo, mordiendo con alarde un juramento.

—¡Como que me llamo Fermín! —pronunció resueltamente—.

Luego, sentado junto al chofer, sacudió con cuidado el sombrero y lo sostuvo en un ángulo conveniente para que escurriera, y se quedó mirando hacia afuera.

El camino, bajo los fanales, era sólo una ilusión de declive acelerado hacia algún chapoteo sin fondo. Y al cabo, señalando hacia adelante un espejo de agua súbitamente ensanchado, el hombre que se llamaba Fermín articuló con energía:

—Atención.

El chofer maniobró al margen del espejo, y luego replicó:

—Ahora más que nunca. Sí: porque yo siempre manejo con cuidado; pero más ahora, que no traigo mi licencia.

—¿Por qué no la trae?

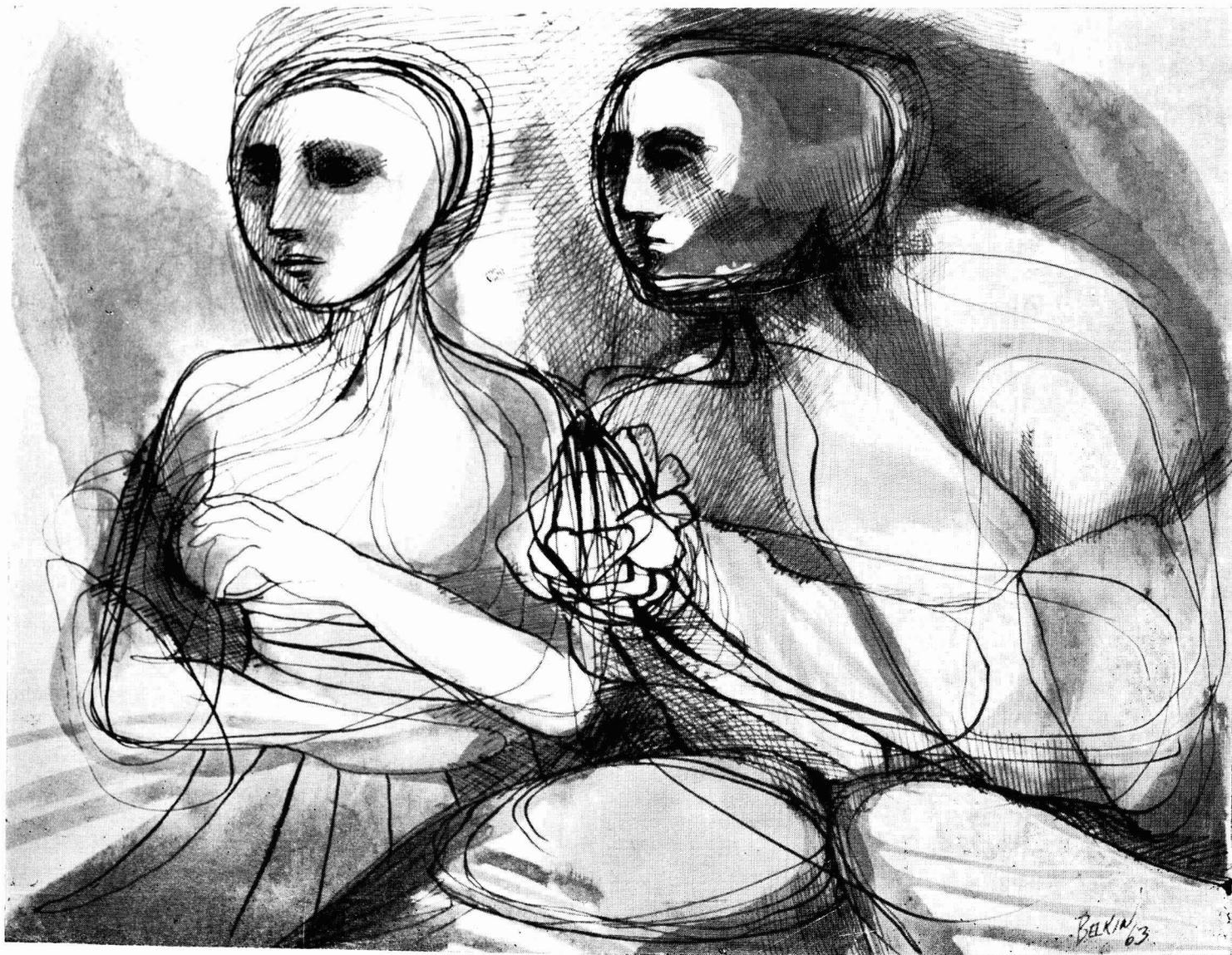
—Anoche se la di a una mujer —dijo el chofer con la satisfacción del jugador sin suerte que en una partida de dominó logra sacar la ficha que tenía preparada. Luego, como en plena racha, se dispuso a colocar todas sus fichas—. Pero era una

mujer a la que yo no podía negarle nada —añadió—, aunque usted diga y con razón que qué le importan mis cosas.

Y agarrándose del volante, con la experta mirada fija en la franja resbalosa incesantemente renovada bajo los fanales, repasó con sus mejores palabras lo que sólo a él le importaba.

... También llovía; y por otra parte, las fuerzas se le habían acabado más temprano. Serían las nueve. Detuvo el coche frente a un café de mala muerte, casi vacío. Simpático. Entró, paso a paso al lado de él, un hombre como de cincuenta años, que representaba más edad. Se detuvo al mismo tiempo que él, y se sentó del otro lado de la pared frente a una mesita, cuando él se sentó frente a la mesita junto a la cual se había detenido. Y un rato se le quedó viendo con mirada triste e indiferente.

Él se sabía de memoria a ese hombre: como que no era sino su propia imagen reflejada en un espejo. Y mientras le sostenía la mirada sin ningún interés, recorrió entera su historia; lo más deprimente, lo más fatigoso de su opaca historia: "Chofer de taxi; eso eres. De todo te cansas; ya vas estando viejo. No te quedan ilusiones y nunca tuviste suerte, ni de joven. Ninguna estrella del cine; ninguna señorita aristócrata; ninguna vieja millonaria, ninguna, ninguna que valiera la pena te pidió nada fuera del servicio del volante. Y todo lo que te tocó fue una infeliz costurera a destajo. Buena muchacha, sí, que se había secado esperando a un pazguato como tú; y te casaste con ella, y te dedicaste a cultivar su desnudación. Para eso trabajaste, para eso viviste: fuera de eso ya nada te quedó por esperar al fin de cada día; nada, sino eso, hasta el último día." Y cuando estaba pensando así, como pensaba casi siempre que sintiéndose cansado se veía en un espejo, vio que una mujer se sentaba frente al hombre que la miraba



desde el otro lado de la pared diciéndole su precio con la mirada.

—Y usted entiende lo que quiero decir cuando digo “una mujer” —dijo el chofer—. O tal vez no lo entiende. Lo que quiero decir —añadió empujando una palanca—, es una mujer que no se parece a ninguna porque lleva encima cuanto existe repartido a escondidas entre todas las mujeres.

El automóvil se había encarrilado en los rieles del tranvía. Ahora se deslizaba uniformemente, con suavidad, como puesto a salvo sobre largas corrientes infalibles.

—Y no me salga —prosiguió el dueño del volante— con que las mujeres tienen lo de aquí y lo de allá y son esto y lo otro y valen tanto más cuanto; porque para reírme de lo que me duele, yo sé hablar de las mujeres como el más pintado. Pero ahora hablo de ellas sólo de rechazo, aunque al fin parezca lo mismo. Claro: al hablar de una mujer como hablo yo, hablamos de todas las mujeres. Y para eso, en mi oficio... ¿Usted se imagina lo que yo he visto y lo que habré podido imaginar? Allí mismo, donde usted está, he llevado mujeres que ni soñadas, tan confiadas como si fueran soías: tan cerca como la mano y tan lejos como la luna. Pero todo eso se me resbaló como se nos resbala todo lo que está fuera de nosotros. En cambio ahora hablo de algo que está adentro de mí. Digo “una mujer”, y nombro una parte mía. No una parte de mi sangre, no un pedazo de mi corazón, no una raja de mis entrañas. Eso sería como lo que dicen cada momento en las novelas del radio. Y además, es de otro modo. Es como si yo tuviera una herida que nunca se cierra, y gracias a esa mujer que digo al decir “una mujer”... Es como si pegara a ella mi herida, y entonces, ella es mi herida; pero cerrada.

El hombre que se llamaba Fermín gruñó:

—Ya estuvo bueno.

El chofer manipuló en los controles de la velocidad. No se intimidó. Siguió hablando.

La mujer lo miró directamente, y él a su vez, apartando la vista del espejo, la posó directamente en ella. Ella le preguntó la hora, y movió minuciosamente las agujas de su reloj pulsera. Sonrió con expresión de agradecimiento. Y con la misma sonrisa aceptó la taza de café que él le convidó.

Luego se puso a hablar de cosas en apariencia indiferentes: palabras relativas al mal tiempo y a la difícil vida, las cuales, sin embargo, no aleteaban sin peso ni se deshacían en nada, porque él atendía a más que su apariencia; y le pareció que se condensaban y caían sobre ella, y que mostraban lo que de veras eran en la mancha sinuosa que la lluvia le había marcado sobre un hombro del vestido, y en los surcos que trabajaban sus párpados no acostumbrados a sonreír. Comprendió que aquellas palabras acabarían nombrándola concretamente a ella, hasta la raíz, y que los harían desdichados; porque estaba seguro de que esa mujer acabaría ofreciéndosele sin reservas, y él tendría que rechazarla. Y bajando los ojos, sin dejarla que hablara más, le contó su vida como la repasaba a solas cuando estando cansado se ponía delante de un espejo.

—Y allí tiene por qué me quedé sin mi licencia —concluyó el chofer—; porque ya para despedirnos, sabiendo que era para siempre, cambiamos retratos. La idea fue suya. Y como yo no tenía más que el de mi licencia... —y metiendo el freno y prendiendo la luz, buscó en una cartera que se sacó de la bolsa del pecho una cartulina flamante, y la puso bajo los ojos del hombre que se llamaba Fermín—. Mire el que me dio ella —dijo con orgullo—.

—Es una puta vieja.

—Eso lo será su madre— replicó el chofer volviendo lentamente el retrato a la cartera.

—Lo que yo digo no es una hablada —dijo el hombre que se llamaba Fermín, cuando recuperó el aliento después que vio el retrato—. Es que la conozco...

—¿La conoce de eso que dice?

—La conozco de que es madre de mi novia. Y yo hace tiempo que venía sospechando. Y precisamente ahora que le di por teléfono la noticia de que me habían aumentado el sueldo y que mi boda con su hija ya no tenía por qué retardarse más, me salió conque ella dejaba su trabajo... Y entonces ya no me cupo duda: si dejaba su trabajo era porque no quería que yo acabara por ver con mis propios ojos en lo que trabajaba la madre de mi esposa. Y largo se me hizo el día esperando la hora de ir a aclarar paradas con mi novia; que es a lo que voy ahora. Porque no quiero tratos con esa vieja, aunque para usted sea la divina garza.

—Bájese —dijo el chofer guardándose la cartera—.

—Todavía no llegamos...

—Ya estamos en la calle que dijimos.

—Pero el número...



—No alegue. Ya sé que usted se llama Fermín y que al pan le llama pan, y al vino vino. Pero hasta aquí llegamos.

El hombre que se llamaba Fermín se bajó a disgusto. Contó entre la lluvia, que había amainado, el dinero para pagar el viaje, y al entregarlo mordisqueó heroicamente una disculpa.

—Sea como sea, yo no quise quitarle una ilusión.

—Y aunque quisiera. Porque no es una ilusión. Es algo que usted ni siquiera entenderá mientras la desgracia no lo haya dejado en carne viva.

El chofer había apagado la luz dentro del automóvil, y su voz sin cara flotó en la sombra como una abusión.

Con una mueca desdeñosa, el hombre que se llamaba Fermín se alejó pisando charcos hasta un zaguán de puertas abiertas, por donde se metió. Y luego de recorrer tres patios se detuvo junto a una puertecilla que se abrió en cuanto la tocó, apenas, con los nudillos.

La salita en que entró, repleta de muebles estropeados y viejos, tenía una sola cosa que merecía verse: la muchacha que lo hizo pasar; pero él no la miró. Quitándose el sombrero, y sacudiéndolo en el aire, adelantó hacia un marco dorado en que aparecía amplificada, pegada a la pared detrás del aparato de la televisión, la misma cara de mujer que el chofer novelero se enorgullecía de llevar en su cartera.

—Quiero que me digas cómo está eso de que tu madre va a dejar su trabajo —pronunció con un gesto de rencor—.

—Así, nomás: es natural que ya vaya estando cansada, y...

Él la interrumpió:

—¿Sabes de lo que ella vive?

—De hacer flores.

Volviéndole la espalda al marco del retrato él se había encarrilado a la muchacha, que inciertamente se apartaba de la puerta después que la hubo cerrado poniendo en ello innecesaria atención.

—Lo que no te perdono: que te hagas. Ahora mismo acabo de hablar con uno que trae un retrato que ella le dio anoche...

—¿Y si yo te digo lo que él le dio en cambio?

—¿Y si yo te digo en lo que ella trabaja?

—En un taller de flores artificiales.

—En la mala vida.

Ella no pareció escandalizarse, y más que extrañeza manifestó cólera.



—¡Qué seguro estás! —expresó apagadamente.

—Y tú también.

—De lo que estoy segura es de que si por ella no fuera, yo ahora no sería empleada de oficina, sino lo que dices que es ella. Y lo menos que me toca ahora es hacer por ella lo que ella hizo por mí.

—¿Pero no te digo en lo que anda?

—Razón de más... Mi deber es quitarla de eso.

—¡Casándote conmigo, para que yo cargue con ella!

De los ojos de la muchacha brotó una mirada que al instante se abatió bajo un pestañeo cargado de silencios.

—No casándome —pronunció con la voz cambiada—.

—¿Que no?...

—No. Para eso sé trabajar. Y lo que gano lo compartiré con mi madre, y no dejaré que meta ni un centavo en la casa. Y ya no habrá motivo para que nadie se atreva a decirme esas cosas en mi cara.

—Pero tú las sabías...

—Vete.

Un rayo estalló sobre la casa y restalló en los vidrios de la ventana. El alumbrado parpadeó violentamente y se apagó la luz al mismo tiempo que el relámpago.

—Me iré; pero contigo. Y tú vendrás conmigo porque no siendo yo, nadie en el mundo te dará su nombre.

Otro relámpago iluminó las manos del hombre desmadejadas y los puños de ella anudados por resuelta determinación.

—¡Vete!

Restaurándose de pronto la luz, corroboró el antagonismo irreversible que entre ellos se había consolidado en la oscuridad.

—No sabes decir otra cosa —gruñó él, retrayéndose—.

—Sí sé. Y es que ese hombre que dices es un hombre honrado, y siempre quiso deveras a mi madre. Pero cuando la conoció ya estaba casado con otra: una moribunda que nunca se moría. Y mi madre también lo quiso, y por eso a veces llegaba aquí a deshoras; porque se entretenía platicando con él. Pero nunca le aceptó que se divorciara de su enferma.

—Y cada vez que se entretenía con él le regalaba un retrato —pronunció él con bronca ironía—.

—Ese retrato que dices es todo lo que ella le dio en la vida; y eso, porque quiso dejarle algo suyo después que resolvió que para no comprometer mi reputación no volvería a verlo nunca más.

—¿Y también dirás que le creíste ese cuento?

—Antes que tú vinieras, no. Pero ahora es lo único en que puedo creer.

Se vieron a los ojos como si no se conocieran. Los de ella eran impenetrables tras una superficie en donde cabrilleaba una mirada fría y muda. Y mientras el llanto no lavara esa superficie, no se vería si más allá el amor se metamorfoseaba en odio o en dolor, o si era que había muerto o que nunca existió; pero ella no lloraría. Y los ojos de él se fatigaron como de mirar a un muro.

—¡Mientes! —gritó al fin él—.

—Vete —jadeó ella—. Vete —crepitó—. ¡Vete!

—Claro que me iré —dijo él—. Pero tan cierto como que me llamo Fermín, que no volverás a verme.

—Y yo para mañana te habré olvidado, tan cierto como que me llamo Dacia.

Cuando el hombre que se llamaba Fermín volvió a la calle, la lluvia redobló sobre su espalda como si alguien lo hubiera estado aguardando para vaciarle encima todas las nubes de la noche.

Corrió, braceando natatorialmente, y al llegar a la esquina se agarró de un automóvil de alquiler que surgió a su alcance entre la turbonada. Se sentó al lado del chofer, y miró hacia afuera por los cristales.

Y a poco, sosteniendo el sombrero en un ángulo conveniente para que escurriera, sin dejar de mirar por los cristales se puso a hablar minuciosamente, como si recitara una lección apenas aprendida.

—Usted dirá que qué le importan mis cosas; y tendrá razón. Pero tal vez llegue a sucederle algún día lo mismo que a mí; que hace un momento quebré con mi novia. ¡Y qué novia, señor!... Como para un galán de la pantalla, no para un capataz greñudo. Y allí tiene: le dije tantas cosas y tan feas; cosas que no podía perdonármelas. Y me corrió como a un perro. Pero yo me fijé en sus ojos, y en ellos vi claro que no había dejado de quererme. Entonces agaché la cabeza y me largué sin más. Y ya nunca la veré de nuevo, para no quitarle la ilusión de que merezco que me quiera; porque yo necesito ese amor para seguir viviendo. Y ella también.

—¿Y qué, si volviera a verla? —preguntó con indiferencia el chofer—.

El automóvil resbalaba cautelosamente por el fondo de un volumen de lluvia que llegaba a las nubes. Más hondo no podía hundirse.

Y mirando por los cristales, el hombre que se llamaba Fermín acabó de expresar su pensamiento.

—No puede ser —articuló minuciosamente—. Porque otra vez que volviera a ponérmelo delante, ya ni siquiera me quedaría valor para decir cómo me llamo.